

EDICIONES  
**IDEALES**

Ramón  
**NOVARRO**  
*Madge*  
**EVANS**



# JUVENTUD TRIUNFANTE

50  
D

EDICIONES IDEALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal  
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Ediciones BISTAGNE - BARCELONA

Año II

Núm. 45

# JUVENTUD TRIUNFANTE

Interesantísimo asunto, interpretado por RAMON NOVARRO, MADGE EVANS, UNA MERKEL, etc.

Dirección de **SAM WOOD**

Es un film de la famosa marca  
**Metro - Goldwyn - Mayer**

Distribuido por

**Metro - Goldwyn Mayer**

Ibérica, S. A.

Mallorca, 201 y 203

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

BALVADUB GIRO

---

Prohibida la  
reproducción

---

---

Gráfica Minerva - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - Barcelona

# Juventud triunfante

---

## Argumento de la película

---

### I

Joven, fuerte, ágil, el muchacho trabajaba en la fundición desde muy niño, pero su alma sentía ansias de algo más grande y más noble que el trabajo monótono, rudo, aniquilador de la fundición. Sus anhelos volaban hacia otros horizontes y, con afán sin igual, estudiaba y estudiaba horas y horas, cuando el trabajo le dejaba libre, para poder conseguir algún día dejar de ser obrero para ser algo más: un hombre de talento y un ingeniero de valor reconocido.

En la fundición todos sus compañeros se burlaban un poco de él, porque él no ocultaba sus afanes, y sus amigos creían que eran vanos sueños de juventud, no posibles realidades para aquel muchacho cuyo único afán era salir del ambiente que le rodeaba y escalar otras esferas.

Tony Amatto, hijo de italianos emigrados a América, trabajaba con afán. Nadie que le hubiera visto con la pala en la mano, cargando de carbón los grandes hornos, con la cara ennegrecida por el polvillo del mineral, el cuerpo fuerte y bien formado, casi desnudo, los ojos brillantes por el calor irresistible de los hornos, hubiera podido sospechar que en él había un rebelde al ambiente, un hombre que quería huir de todo aquello para ir a estudiar y hacerse hombre de veras, dejando de ser un animal de carga.

El día en que fué a visitar la fundición la hija del director, Tony contempló a la bella muchacha con los ojos más brillantes que de costumbre y sintió que en su corazón algo palpitaba con más fuerza que de ordinario. Siendo obrero nunca podría aspirar al amor de una mujercita bella y ele-

gante como aquella. ¡Tenía que dejar de ser obrero para tener el derecho que tenían todos los demás hombres!

La muchacha, paseando por entre los rieles y los montones de carbón de la fábrica, seguida por la mirada codiciosa de todos los obreros y muy especialmente por la mirada admirada y sumisa de Tony, sintió que de pronto su zapatito quedaba aprisionado entre dos hierros. Hizo un esfuerzo para salir de allí, pero no pudo y Tony, que lo había visto, corrió a ella, tomó el diminuto piececito de la señorita, forcejeó un momento y logró libertarlo, quedándose con él en la mano unos instantes, como si tuviera entre ellas una joya de inapreciable valor. Pero como sus manos estaban negras de carbón y el zapatito era blanco, inmaculado, albo, dejó en él las huellas de sus dedos ennegrecidos por el trabajo.

La señorita le miró con desprecio y se alejó de allí confusa y enojada, mientras Tony seguía sonriendo complacido porque había visto de cerca el arranque de la pierna deliciosa y bien torneada de la encantadora muchacha.

Aquella noche Tony Amatto llegó a su casa con una decisión determinada y energética. Sus padres, pobres obreros que no sabían de la vida más que el sendero del trabajo duro y de la pobreza en el hogar, estaban orgullosos de tener un hijo que fuera tan fuerte y tan noble como el suyo; pero no comprendían el ansia del muchacho de salir del ambiente que había sido el ambiente de todas las generaciones de los Amatto.

—Hoy nuestro hijo ha batido un nuevo record—dijo el padre dándole unos golpes en la espalda—. ¡Ha hecho cuatrocientas sesenta y tres toneladas!...

—Bah, eso no importa! Padre, me quiero ir a la Universidad.

—A la Universidad? No, si pronto serás capataz en la fábrica... ¡no puedes dejarla!

—Sí, padre, yo quiero ir a la Universidad y me iré, estoy decidido a ello.

—¿Te vas a burlar de mí con tus dichosos libros?

—No, padre, no es burla; yo prefiero el estudio a todo lo demás..

—¿Otra vez empiezas con la misma cantilena de siempre? —preguntó el padre, que no comprendía el afán de su hijo cuando en la fundición trabajaba tan bien.

—Padre, estoy decidido. En la fundición no hay porvenir.

—Todos los Amatto han trabajado en fundiciones... mi abuelo, mi padre y yo, tu padre... y nunca se nos ha ocurrido dejar nuestro trabajo honrado. Ahora tú te empeñas en ser señorito... Camisa blanca, cuello planchado... ¡y sin un centavo en el bolsillo!

—Le da vergüenza estar con nosotros—exclamó la madre tristemente.

—No, no me da vergüenza; estoy orgulloso de ser vuestro hijo; pero tengo ansias de algo más grande que esta vida misera, sin aspiraciones. He estudiado con afán en las horas que el trabajo me lo ha permitido... y he ganado la beca para ir a estudiar a la Universidad. Una beca para cuatro años... a quinientos dólares al año... ¡No puedo dejarla perder!

—¿Te dan dos mil dólares?—preguntó el padre abriendo mucho los ojos, con una ambición desmedida en su rostro.

—Sí, dos mil dólares.

—Pues, ponlos en un banco y tendrás una pequeña renta.

—¡Oh, padre! No me comprendes... No me dan el dinero, sino que me pagan los estudios... No me podéis comprender, porque sois demasiado viejos y no se os pueden alcanzar las ansias de una vida que empieza. ¡Quiero ser algo! ¡Quiero dejar de ser un simple obrero!

Los padres miraron a Tony, que se había puesto triste; se miraron luego uno a otro y se encogieron de hombros, como ante algo irremediable.

—¡Haz lo que quieras, hijo!—murmuró la madre que, como mujer, era más comprensiva y, como madre, más benevolente.

Tony abrazó emocionado a la buena viejita, estrechó la mano a su padre y subió a su cuarto para arreglar el equipaje y partir al día siguiente a la Universidad, a la Universidad que se le aparecía en su imaginación de muchacho, como un faro de esperanza y de felicidad.

## II

Tony Amatto tenía que pasar por todas las amarguras de un novato, y de un novato al que se notaba en seguida su procedencia. Todos sus compañeros comprendieron en seguida que aquel muchacho no era de su categoría social, y

comenzaron a despreciarle y a hacerle sentir el peso de una superioridad contra la que el muchacho, faltó de experiencia, no podía luchar.

Tony había ido a la Universidad con el único afán de estudiar, y ahora veía que muy pocos de sus compañeros iban allá con aquel mismo afán. Se pensaba en todo menos en el estudio y se pensaba, de un modo muy particular, en el medio de molestar lo más posible a Tony, porque éste no se defendía y tomaba con una paciencia un poco ingenua las burlas de que era objeto por parte de los que ya estaban bregados en las costumbres de la Universidad.

Tony no podía comprender por qué él era el blanco de todas las burlas. Trabajo le costó encontrar habitación y mobiliario para él. Todo eran obstáculos y objeciones a su instalación. Todos venían a quitarle algo de su cuarto, diciendo que aquello era de ellos. Y algunos tuvieron la osadía de venderle cosas que pertenecían a la Universidad y que Tony no hubiera tenido necesidad alguna de comprar.

Entre los compañeros de Universidad estaba Tom Stone, el hijo del amo de la fundición en donde había trabajado Amatto hasta entonces y en donde seguía trabajando su padre. Stone ignoraba que Tony fuera uno de los obreros de la fábrica de su padre, pero sabía que Tony era obrero y esto era bastante para que le despreciara olímpicamente, desde la altura de su orgullo de hombre rico y educado entre la alta sociedad.

—¿Quién es ése? —había preguntado Tony el primer día que vió a Tom.

—Es Tom Stone —le respondió el único compañero que le mostraba alguna simpatía.

—¿Tom Stone? —preguntó Tony, sintiendo un poco de vergüenza al encontrarse ante el hijo de su amo.

—Sí, ¿le conoce usted? Es el mejor jugador de fútbol de la Universidad.

—No, ni le conozco ni me conoce... —replicó Tony no queriendo entrar en explicaciones que podían ser para él perjudiciales.

Pero pensó que si Tom estaba en la Universidad, era muy posible que estuviera también su hermanita, la encantadora muchacha que había ido una vez a la fundición y a la que había cogido la pierna para apartarla con cuidado de entre los rieles... Y Tony estuvo contento, pensando que

acaso la volvería a ver y podría incluso entablar amistad con ella...

Se dirigió al cuarto que le habían destinado. Era el 39 y debía compartirlo con otro compañero. Esto le causaba mucha molestia, porque Tony lo que más ambicionaba era soledad para poderse dedicar al estudio con más ardor.

—¿Es éste mi cuarto? —preguntó.

—Sí, y el mío.

—Así, somos compañeros de cuarto.

—Eso parece... No toque eso; es de Ted Coy.

—¿Quién es Ted Coy? ¿Quiere tomarme el pelo?

—No puede tocar todo eso; no es suyo...

—¿Se lo van a llevar?

—Si quiere quedárselo, tendrá que comprarlo.

—¿Costará muy caro?

—La mesa, dos dólares.

—No la quiero... es demasiado vieja.

—¿Qué necesita, pues?

—La cama, pero la cama deben darla con el cuarto.

—No, también se vende... pero la dan muy barata.

—Yo creí que era del cuarto... —¿No va el colchón con la cama? —preguntó Tony, al ver que iban a dejarle sin colchón.

Sus compañeros se echaron a reír a grandes carcajadas, porque le habían estado tomando el pelo todo aquel tiempo, y Tony tuvo que emplear los puños para hacerse respetar. Pareció que el método apaciguaba un poco los ánimos y pudo dormir tranquilo aquella primera noche en la Universidad.

Tony esperaba con impaciencia la hora de asistir a la clase. Creía que los estudios serían serios, fecundos, largos. Pero tuvo una nueva decepción, porque en la clase se habló sólo de fútbol, de regatas, de juegos atléticos y muy poco de ciencia. Incluso el profesor tomó parte en la discusión deportiva de los estudiantes y les dió buenos consejos para cuando comenzaran los juegos universitarios y se formaran los equipos. Tony pensó que aquello más que una Universidad era un club deportivo y él había obtenido la beca para estudiar, no para jugar tontamente a todos aquellos juegos, que no le interesaban.

—¿Fútbol? ¿Qué me importa a mí el fútbol? —dijo Tony, indiferente al entusiasmo de sus compañeros.

—Tú no nos harías mucho daño, si formaras otro team

—le replicaron, riéndose de aquel muchacho, al que todos creían débil e insignificante.

—No me importa que os burléis. ¿Qué se saca de jugar al fútbol? Yo lo que quiero es aprender, estudiar, hacerme hombre.

—Claro... De jugar al fútbol sólo se saca una letra bordada en el jersey—exclamó uno de los estudiantes.

—Pero, ¿qué hará cuando ya no pueda llevar más el jersey, por viejo?—replicó otro.

Y todos corearon con grandes risotadas aquella ocurrencia, que había desconcertado a Tony, que miraba a sus compañeros con los ojos muy abiertos, como si quisiera abarcar en ellos toda la antipatía que él les había inspirado, para vengarse de ella cuando llegara la ocasión.

La clase se redujo a aquella charla de deportes. El profesor, que al mismo tiempo era el director de uno de los teams de la Universidad, dijo con voz lenta:

—Nunca doy clase el primer día. Los antiguos ya saben mi costumbre, pero debo decirlo para los que han ingresado recientemente en la Universidad. Vengan mañana preparados para tomar algunos apuntes. Mañana se comenzarán las clases. Ahora pueden retirarse.

Los estudiantes salieron del aula alegremente, charlando entre ellos y mirando de soslayo al "nuevo" que, tímido, encogido, apesadumbrado, seguíales rezagado.

El profesor le detuvo un momento.

—¿Hace poco tiempo que ha llegado aquí?—le preguntó.

—Sí, señor, muy poco. Hoy es el primer día que asisto a una clase.

—¡Ah!... Es difícil conocer a todos los de la clase, ¿sabe? Poco a poco va uno recordando las nuevas caras... sobre todo si son de muchachos que saben distinguirse en algo. Me gusta alternar con mis discípulos. Los domingos hacemos tertulia en mi casa... espero que usted irá a tomar el te.

—No, gracias... no tomo te—replicó Tony, que se encontraba más turbado y confuso ante el profesor que ante sus condiscípulos.

—No importa. De todos modos, vaya el domingo a casa. Así conocerá mejor a sus compañeros y podrá entablar alguna amistad.

—No necesito amistades. Yo he venido aquí a estudiar, no a hacerme amigos—respondió con orgullo Tony.

—No debe usted ser altivo, Tony. Ya sé que ha discutido usted con sus compañeros y que Stone le ha tratado a usted bastante mal...

—Yo lo que quiero es que Stone y los suyos me dejen en paz. Quiero estar solo para poder estudiar. Eso es todo.

—Naturalmente, naturalmente, amiguito. Comprendo sus ansias de estudiar... Pero no se aprende en los libros lo más interesante de la vida... Usted puede aprender muchas cosas fuera de las aulas, si sabe ver y escuchar...

Tony se quedó mirando a su profesor, que se alejó de su lado, y reflexionó en aquellas palabras que acababa de decirle. Comprendía bien lo que querían decirle y pensó que, realmente, fuera de la clase, conviviendo con los hombres, sabiendo escucharles y sabiendo, sobre todo, escuchar aquello que decían... se podía aprender mucho, mucho más que en el texto árido de los libros.

### III

Pasó el primer curso sin grandes incidentes. Tony siguió las clases, pero siguió con más afán la vida de sus condiscípulos, aunque la siguió desde lejos, porque todos hacían el vacío a su alrededor. Tony aprendió a comprender muchas cosas que al principio le parecían impenetrables y aprendió a comprender lo poco aplicables que eran a la vida la ética y la moral. En la Universidad vió mucho y supo de muchas cosas que en la fábrica hubiera ignorado siempre. Pero todo lo que había visto y aprendido no lo estudió en los libros. El profesor había tenido razón: la mejor maestra es la misma vida, cuando se sabe leer en ella y estudiar en ella.

Los últimos días de curso eran días de trajín en la Universidad. Todos los estudiantes preparaban la marcha a sus hogares, para pasar las vacaciones del verano y, ante la libertad absoluta que se les daba en aquellos días, muchachos y muchachas se reunían a todas horas y se embromaban unos a otras con bromas que a veces ultrapasaban el límite de la amistad.

Tony Amatto no había tenido éxito entre las chicas de la Universidad. Su timidez, su seriedad y, sobre todo, la noticia, que había corrido como reguero de pólvora, de que él era un pobre obrero, nada más que un pobre obrero,

las había apartado de su lado y se habían unido al grupo de estudiantes que se burlaban a todas horas de Tony, el estudiante formalito y modoso que no había tomado parte en ninguno de los juegos universitarios, porque "él había ido a estudiar"...

Sin embargo, él sentíase emocionado cada vez que se encontraba ante Rosalía Stone, la hija del dueño de la fábrica, que estaba en la Universidad con su hermano, siguiendo los cursos femeninos universitarios, y con la que se encontraba alguna vez, sin lograr que jamás se fijara en él. Rosalía no había reconocido en Tony al obrero que un día le había cogido una pierna y la había retenido entre sus manos unos momentos. Pero Tony había reconocido en seguida a la encantadora muchacha que había visitado la fábrica y había puesto en su corazón la noble ambición de hacerse hombre para poder alguna vez aspirar a ella... que tan alta estaba y tan lejos de la categoría social del obrero.

Sólo a fines de curso Rosalía sintió ganas de coquetear con el muchacho tímido y formal, que la miraba con ojos apasionados cuando creía que ella no se fijaba en él y que bajaba los párpados humildemente cuando ella clavaba en los suyos sus pupilas azules y brillantes.

Rosalía sabía que Tony era un obrero, pero ignoraba que fuera "aquel" obrero osado de la fábrica de su padre. Acaso si lo hubiera sospechado se hubiera vengado de él despreciándole y humillándole todavía más delante de los compañeros; pero ahora sentía sólo el deseo de coquetear con el muchacho y de hacerle concebir unas ilusiones que estaba muy lejos de querer colmar.

El último día de curso se habían citado todos los estudiantes en el departamento de los hermanos Stone, para celebrar la despedida. Tony fué el primero en llegar. Llamó suavemente a la puerta y entró sin esperar que le dieran permiso. Sólo estaba Rosalía en la habitación.

—Pase, pase usted.. Mi hermano se está bañando y ha dicho que le espere usted aquí.

—¡Oh, no, ya volveré más tarde!—replicó Tony con timidez.

—Por favor, no se vaya...—suplicó la muchacha, tomándole la mano y obligándole a entrar.

Tony penetró en la habitación, pero se quedó en pie, sin saber qué decir, confuso y emocionado ante aquella cria-

tura linda y simpática que le había penetrado en el corazón desde el primer día en que la conoció.

—Siéntese, por favor—dijo ella ofreciéndole una butaca al lado de la ventana amplia, por la que entraba de lleno el sol brillante y esplendoroso de junio.

—Gracias.

—¿Quiere usted un cigarrillo?—le preguntó Rosalía ofreciéndoselo de su petaquita, a tiempo que ella llevaba uno a sus labios.

—No, gracias, no se moleste por mí... no fumo.

Quedaron silenciosos un buen espacio de tiempo. Era difícil entablar conversación con aquel chico que parecía no tener palabras, y menos para una mujer, y menos todavía para aquella mujer, a la que hubiera dicho muchas cosas que Tony se tenía que callar.

—¿Es usted el compañero de Larry?—preguntó Rosalía para salir de aquel mutismo, que no gustaba a la muchacha.

—Sí, Larry ha sido muy bueno conmigo. Tenemos la misma habitación... Me puedo ir con él y esperar allí a que su hermano termine...

—No, no quiero que se marche usted... Hágame compañía... Larry me ha dicho que cantaba usted muy bien... ¿no es verdad?

—Canto, pero no bien.

—¿Y no querrá cantar algo para mí?

—¡Oh, se va usted a llevar una decepción!

—Mire, aquí está la guitarra, que sin duda es de usted, ¿no?

—Sí, es la mía. La he traído con todo el equipaje, como convinimos. Es aquí donde debemos reunir todos los equipajes, ¿no es eso?

—Sí, sí; pero todavía es pronto... Cante usted alguna cosa...

Tony no quiso hacerse rogar más. Tomó la guitarra, rasgueó sus cuerdas con facilidad y sentimiento y comenzó a cantar, en su lengua materna, una dulce romanía italiana, llena de romanticismo y de dulzuras. Rosalía no entendía las palabras, pero la melodía era tan encantadora, tan suave, tan llena de evocaciones, que la hacía sentir mucho más de lo que hubiérase podido imaginar de una muchachita coqueta y frívola como ella.

Tony cantaba con los ojos entornados y mirando a la muchacha apasionadamente, como si dedicara a ella sola

aquella canción, en la que estaba encerrado todo el fuego de un alma latina, vehemente y amorosa.

Cuando terminó, Rosalía, después de un breve silencio en el que quedó diluida su emoción, preguntó a Tony:

—¿Qué quiere decir esa bella canción? No he entendido ni una palabra.

—Es difícil traducirla...

—No sabría usted explicarme qué quiere decir?

—Sí... lo intentaré—dijo Tony titubeando—. Pero traducido a otro idioma pierde mucho encanto.

—Dígame sólo las palabras... el encanto ya se lo pondré yo—replicó Rosalía con coquetería.

—Tu boca es como una flor...—comenzó a decir Tony traduciendo la letra de la canción—. Tus labios son pétalos de rosa... Si me besas con tus labios, yo te acariciaré con los míos dulcemente... Deja que te estreche entre mis brazos dulcemente y, así unidos, te diré todavía muchas cosas más!...

Tony había dicho aquello con tal vehemencia, poniendo tal fuego en sus palabras y tal lumbre en sus ojos, que Rosalía sintió muy claramente que aquello iba dirigido a ella. El muchacho, olvidado de sí mismo, se había ido acercando a la joven y ésta, retirándose un poco ofendida, exclamó cuando hubo terminado:

—¡Ya he oído bastante!...

—Aun no se ha acabado la canción—contestó Tony con ingenuidad.

—No importa. No quiero saber nada más...

Tony se calló, confuso y contrariado. Temía haber herido la susceptibilidad de la muchacha, pero en su ignorancia, no comprendía por qué ella se había ofendido. A Rosalía la apenó ver la cara compungida de Tony y, para cambiar el rumbo de la conversación y llevarla de nuevo al terreno estricto del compañerismo, le dijo:

—Veo que ya está usted listo para marcharse de vacaciones.

—¿De vacaciones? No, yo no haré vacaciones; yo trabajaré durante el verano—replicó Tony, confesando abiertamente su condición de obrero, sin rubor, con fiero orgullo, mostrando que no sentía ser de condición humilde, si llevaba en sus venas toda el ansia de una juventud que quería luchar y quería triunfar en la vida.

—¡Ah, a trabajar! No quiere usted perder el tiempo...

—No, no “puedo” perder el tiempo. Yo necesito trabajar para vivir, pero estoy orgulloso de ello. No es una deshonra...

—¡Claro, claro!—replicó con indiferencia Rosalía que, en su categoría de millonaria y de muchacha de sociedad, se sentía un poco decepcionada de haber dado conversación a un simple obrero—. ¿Vive usted en New Haven?

—No; vivo en Gary... donde nos conocimos...

—¿Nosotros?

—Sí... Usted lo ha olvidado ya, pero yo no lo olvidaré nunca. ¿No se acuerda usted de que le agarré la pierna?

Entraron en aquel momento un nutrido grupo de estudiantes, chicos y chicas, que venían a despedirse de los hermanos Stone. El alboroto que armaron cortó la conversación de los dos jóvenes, y Tony se quedó un poco rezagado, dando paso a los recién llegados, entre los que estaba Bárbara, una de las muchachas más divertidas y más descaradas de toda la Universidad.

—Si te queda tiempo...—dijo Bárbara dirigiéndose a Rosalía y mirando a la vez a Tony—, nos podrías presentar...

—Todos conocéis a Tony Amatto... no necesito presentároslo—replicó Rosalía indiferente.

Bárbara se acercó al muchacho. A ella no le importaba que fuera obrero o que dejara de serlo. Le gustaban todos en general y a cada uno en particular le encontraba una gracia personal e irresistible. Había tratado a todos los muchachos de la Universidad y, en este último día de curso, quería entablar amistad con Tony, al que no había tenido tiempo de tratar.

—¿Me va a hacer el favor de dejarme el peine? — le preguntó acercándose a él y mirándole con toda la coquetería de que era capaz, y era capaz de mucho.

—Lo tengo en mi cuarto.

—Pues los dos podemos ir a buscarlo, ¿quiere?

—Vamos—contestó Tony precediendo a Bárbara y encerrándose los dos en el dormitorio, que estaba contiguo al de Stone.

—¡Dáos prisa... o perderemos el tren!—gritaron los demás estudiantes, riéndose de la picardía que quería Bárbara jugar al tímido muchacho.

—¿Dónde está Bárbara?—preguntó Tom Stone, que en aquel momento salía del cuarto de baño, acicalado y listo ya para emprender el viaje.

—¿Bárbara? Está en el dormitorio... ¡con Amatto!—contestó Rosalía, que ahora estaba un poco despechada por aquella escapatoria.

—¿Y qué han ido a hacer?—preguntó Stone con picardía, como si no pudiera concebir que Amatto fuera capaz de correr aventura alguna con una mujer.

—¡No te burles y ten mucho cuidado con él!—exclamó Rosalía—. No es tan apocado como tú crees...

—¿No? ¿No lo es todavía más?

—No, no... ¡Tenías que haberle visto hace un rato conmigo!... Me ha dicho unas cosas muy apasionadas y muy bonitas... ¡Y luego ha tenido la osadía de decirme que una vez me había cogido la pierna!

—¡Bah!... Eso ha sido una broma—contestó Tom, no queriendo dar importancia al asunto.

—Broma? Lo ha dicho muy serio... y eso es una deshonra para mí.

—¿No puedes aguantar una broma?

—Si fuera de otro, sí... Pero ¿crees tú que es broma el ser insultada por un miserable obrero?

Tom Stone comprendió entonces lo que quería decir su hermana y, como estaban allí reunidos todos sus compañeros de curso, quiso hacer alarde de su hombría y de su dignidad de caballero. Cuando Tony salió de la habitación con Bárbara, le detuvo sujetándole por el brazo y le dijo con una voz indignada:

—Sé lo que ha dicho a mi hermana y no consentiré que se la insiste más...

—Nada he dicho con intención de insultarla.

—¡Guarde sus bromas para los de su clase! No es usted digno de tratarse con caballeros ni con damas... Usted debe volver al ambiente del que ha salido.

—¡Yo no he dicho nada! Quiero explicarle a usted...

—¡No quiero explicaciones de un miserable obrero!

—¡Ni yo quiero oírlas de gente orgullosa y fatua como usted!—replicó Tony irguiéndose herido por las palabras insultantes de Tom Stone.

Tony no podía soportar el mal trato que le daban sus compañeros. Quería ser uno más entre ellos, no el odiado y el escarnecido. Cuando salió de la Universidad, después de aquel primer curso de prueba, salió decidido a hacerse

más hombre y a volver a ella dispuesto a competir con los demás, a ser como ellos, sin diferencia alguna.

#### IV

Regresó a su casa un poco decepcionado, pero no quería mostrarlo a sus padres, a los que había causado un disgusto abandonando el trabajo y marchando a la Universidad. Ahora debía demostrarles que en la Universidad lo había pasado bien y que no le habían hecho sentir la diferencia de clase que había entre sus compañeros y él.

—¿Te ha gustado la Universidad?

—¡Oh, mucho, mucho!—contestó Tony con entusiasmo fingido.

—¿Has hecho muchos amigos?

—¡Muchísimos! ¡Todos los compañeros de curso eran mis amigos!—contestó mintiendo piadosamente.

—Ahora descansarás, ¿verdad?

—No. Quiero trabajar todo el verano. ¿Tú podrías conseguirme trabajo en la fundición?

—Sí; creo que en las oficinas hay un puesto vacante.

—No, en las oficinas, no... quiero trabajar en los hornos, para hacerme fuerte y jugar al fútbol como el mejor...

—¿Al fútbol? ¿Es que te lo van a pagar?

—No... Pero yo se lo debo a la Universidad... Quiero ser el campeón de nuestro curso.

Con este ánimo volvió Tony a la Universidad, cuando empezó de nuevo el curso. Iba más fuerte, más decidido, menos tímido que el primer año. El profesor había tenido razón cuando le dijo que aprendería mucho más fuera de las aulas que en los libros. Y Tony había aprendido a vivir y a volverse como todos los demás muchachos de la clase.

—Estás desconocido—le dijo el único compañero que le había mostrado simpatía desde el primer día—. No pareces el mismo del curso pasado.

—Es que ya comienzo a saber vivir... Además, vengo decidido a aniquilar a un tipo que me ha fastidiado todo el curso y que me ha humillado siempre que ha podido.

—¿Quién es?

—Stone.. el hijo del amo de la fundición... que se cree el emperador del mundo.

—Pero si le declaras la guerra a él, vas a hacer que tu padre pierda el trabajo...

—No; no sabe que mi padre trabaja en su fábrica... El no sabe quién es mi padre.

Tony Amatto se había hecho más hombre, y su decisión, tomada resueltamente, le hizo pronto respetar de todos los que hasta entonces le habían escarnecido, porque sólo se mostraban valientes cuando Tony era un niño tímido y sin experiencia.

Ahora compartía ya los juegos y las farras de los estudiantes, cuando se reunían en el cuarto de alguno de ellos chicos y chicas y comían y bebían y bailaban sin cansarse, coqueteando, flirteando y.. algunas veces ultrapasando ya los límites del flirteo. Tony veía cómo sus amigos salían con las muchachas y paseaban en automóvil largo rato, cuando ya había anochecido y las clases habían terminado. Sabía que cada estudiante tenía a su parejita, que a veces solían cambiar con frecuencia, y se divertían en la alocada alegría de la juventud y del amor inconsciente y atrevido.

Tony tenía ambiciones y quería ser como los demás. Por eso comenzó a flirtear con Bárbara, la muchachita traviesa que gustaba de entretener a varios a un tiempo, y aun con Rosalía, que también era coquetuela y le daba, de vez en cuando, alas para que se tomara alguna libertad. Tony se divertía como todos. Bebía bastante, jugaba mucho y charlaba con las chicas, que comenzaban a disputárselo, porque era guapo, fuerte, simpático y, sobre todo, porque tenía el incentivo de lo desconocido.

Pero Tony no quería mostrarse demasiado despreocupado con Rosalía. Amaba a la muchacha desde aquel día en que fué a la fábrica y él pudo cogerle la pierna fina y suave entre sus manos rudas de obrero. La amaba con un cariño puro y sano, que se hubiera avenido mal a los escarceos amorosos de un pasatiempo ligero y sin consecuencias. Tony amaba a Rosalía y sufría cuando veía que ella coqueteaba con otros.

Aparte de las diversiones comunes a la juventud. Tony se dedicaba al entrenamiento constante y razonado del fútbol. Se había propuesto llegar a ser el campeón y estaba consiguiéndolo ya, porque la voluntad del chico era fuerte y su constitución respondía a su voluntad.

El profesor y árbitro del team al que Tony quería pertenecer, no le había dado aún permiso para jugar en el cam-



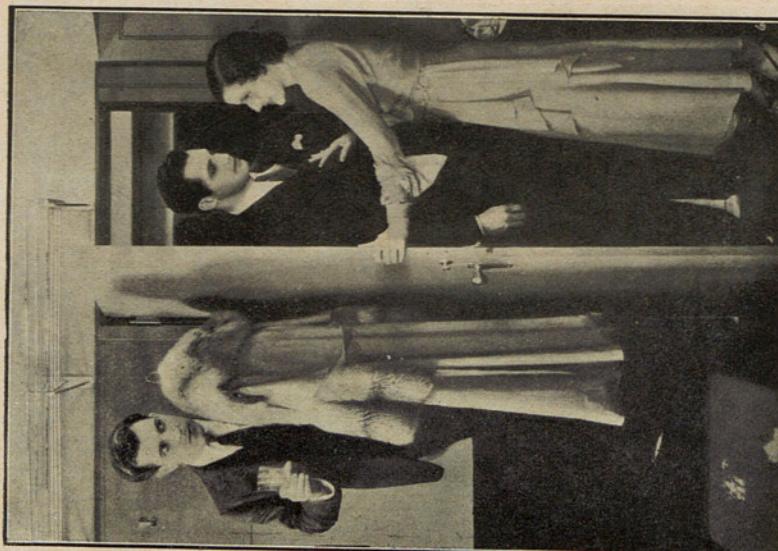
La muchacha se paseaba seguida por la mirada codiciosa de todos los obreros.



—¿Te dan dos mil dólares? Pues ponlos en un banco...



—Sé lo que ha dicho a mí hermana y no consentiré que se la insulte más.



Tony se escondió detrás de la puerta, cubriéndose con el abrigo de la muchacha.



—Me pagan un dólar por enseñarles tu cicatriz.



—El Título es nuestro y nuestra es la vida!



—Conozco un sitio, con reservados...  
—Déjame!... No se puede aprender todo de golpe.



—Hay uno que representa el espíritu de este *team*... Es Tony Amatto.

po. Tony se impacientaba y temía que se estuvieran burlando de él, como se habían burlado en años anteriores, y se enfrentó con él para decirle que lo que quería era jugar y demostrar delante de todos su competencia.

Por fin se decidió a dejarle comparecer en el campo. Allí estaban todos los que ya tenían un largo entrenamiento. Cuando le vieron aparecer no pusieron muy buena cara, porque no les sentaba bien que aquel muchacho fuera tomando tantas prerrogativas entre ellos.

—A ése... a ése no le quiere nadie—dijo uno de los que formaban el *team*.

—Yo sí—replicó vivamente Larry, que era el único que mostraba decidida simpatía por el obrero.

—¿Tú?... Tú no eres nadie...

—¡Silencio!—ordenó el árbitro—. Quiero que os entenedis bien. Quiero que forméis un verdadero *team*, un *team* en el que haya cariño, compañerismo, bueno voluntad... ¿Entendéis? Eso lo digo para que lo sepan los nuevos, porque los otros ya lo saben de cada año. Quiero que juguéis duro, pero limpio... Está bien que uséis la cabeza para darle al balón, pero será bueno que la uséis también para pensar. El juego no es todo cuestión de fuerza; es cuestión de inteligencia... Empezad.

La pelota voló en el aire y los muchachos se apresuraron a correr tras ella. Jugaban con entusiasmo, con fuerza, con apasionamiento. Tony Amatto daba carreras inverosímiles y acertaba, siempre que la pelota se ponía al alcance de su pie, a dirigirla a la dirección que de antemano había pensado. Aquel chico usaba la cabeza para pensar, se veía bien claro... y el árbitro le seguía con mirada satisfecha.

El juego iba tomando caracteres de cosa muy seria. Los dos partidos luchaban denodadamente para triunfar. Se veía bien a las claras que había decidido empeño en hacer el vacío en torno a Tony, pero éste, en el calor del entusiasmo del juego, no se daba cuenta de ello, y se lanzaba con furia creciente tras la pelota, que volaba en el aire cruzando el campo de un lado para otro, indecisa, sin dirección fija, porque cuando había tomado un camino directo, una cabeza le daba nuevo impulso y emprendía la marcha en sentido contrario y, cuando imaginaba que ya quedaría posada en el suelo para siempre, un puntapié certero y rápido, la hacía emprender de nuevo la alocada carrera a través del campo de fútbol.

—¿Quién es el nuevo?—preguntó el árbitro en un momento en que el juego se había suspendido para que los jugadores tomaran aliento.

—Yo soy—replicó Tony adelantándose.

—¡Ah!... Bueno, bastante fuerte, pero demasiado ansioso. Has de saber contenerte un poco, porque con esa ansia que te empuja, pronto quedarás agotado e inútil para el juego... Anda, volved a empezar.

De nuevo se lanzaron los jugadores a la lucha. Tony seguía jugando con igual ardor. Quería demostrar que era lo bastante fuerte para no fatigarse por un poco de ejercicio y jugaba con un esfuerzo enorme para destacarse entre todos sus compañeros y humillarles como antes le habían humillado a él. En un encuentro entre los dos bandos, Tony se lanzó con tal furia sobre uno de los jugadores para arrebatarle el balón, que lo derribó al suelo, en donde quedó el caído inmovilizado y gimiendo dolorosamente.

—¡Oh!—exclamó Tony contristado—. ¡Creo que le he roto una pierna!...

—¡Pronto! ¡Que traigan una camilla!

—¡Nunca más volveré a jugar!—exclamó Tony compungido, acercándose al herido y queriendo disculparse ante él.

—¡Le he roto la pierna!... ¡Nunca más jugaré!

—¿Cómo?—dijo el árbitro deteniéndole—. No puedes abandonar el team. Eso es un incidente sin importancia... Muchas veces suceden cosas así y a nadie se le ocurre abandonar el juego por ello...

\* \* \*

El triunfo obtenido por Tony Amatto en el juego corrió rápidamente por toda la Universidad. Sus condiscípulos comenzaban a respetarle y las muchachas sentían despertar la simpatía que en todo corazón de mujer halla eco el hombre que sabe sobresalir un poco en cualquier esfera de la vida. Bárbara y Rosalía eran las dos que le asediaban más con sus halagos y sus conversaciones. Tony coqueteaba un poco con Bárbara, para vengarse de los celos que Rosalía le hacía pasar cuando ella coqueteaba con los otros muchachos de la Universidad. Pero Tony sólo amaba a Rosalía, la encantadora hija del dueño de la fábrica en donde él había trabajado como obrero.

—¡Has jugado colosalmente! —le dijo Bárbara cuando Tony salía del campo de fútbol—. Estuviste como los mismos ángeles.

Tony se rió, pensando en la figura graciosa que harían los ángeles jugando al fútbol y en lo fácil que les sería alcanzar la pelota a ellos, que tenían las alas para correr tras ella.

—Te ha gustado de veras el partido?

—¡Muchísimo!... Estoy segura de que te van a declarar el primer jugador de la Universidad. Verás cómo en el partido de fin de curso tú serás el que haga ganar a nuestro team.

—Y a ti, ¿no te ha gustado?—preguntó mirando a Rosalía, que aun no le había felicitado.

—Mucho, Tony... Quiero acompañarte a tu dormitorio para felicitarte y para celebrar juntos tu triunfo...

Tony y su amiguita marcharon al compartimiento de Tony, donde él la obsequió con un poco de vino y unos dulces para celebrar el primer triunfo en su debut de futbolista.

—Eres un gran jugador de fútbol, Tony, y yo quisiera presentarte a mi papá, que es un entusiasta de este juego. ¿Querrás que te lo presente?

—¡Encantado!... Pero creo que ya nos conocemos —contestó Tony balbuceando, sin atreverse a confesar abiertamente que le había conocido en la fábrica.

—Me gusta mucho tu estilo en el juego, Tony... y creo que a Bárbara también le gusta mucho...

—No me importa Bárbara... A mí, lo que me importa...

—Unos golpes dados en la puerta interrumpieron la declaración que Tony iba a formular.

La muchacha hizo señas a Tony para que se escondiera, mientras ella iba a abrir la puerta.

Tony se escondió detrás de la puerta y se cubrió con el abrigo de la muchacha, mientras tenía el oído atento a lo que decía el que llegaba a molestarles en aquel momento en que tanto le hubiera gustado permanecer solo con ella...

—¿Dónde está Bárbara?—preguntó el que llegaba y que era uno de los compañeros de Tony.

—No sé.. creo que debe estar retirada ya en su cuarto...

—¿Estará con Amatto?... Pero ¡bah!.. si está, tanto peor para ella.. Yo no tengo celos de un simple obrero.

Tony hubiera querido hundirse en el suelo al oír aquella

frase de desprecio. Hubiera querido salir y abofetear al que la había pronunciado. Hubiera querido poder gritar que un obrero es un hombre tan honrado y tan grande, y muchas veces más, que cualquiera de los que han tenido la fortuna de nacer en casas ricas, donde no hacía falta su trabajo... Pero Tony se contuvo, sintiendo que acaso algún día, cuando su juventud ansiosa triunfase del ambiente hostil que le rodeaba, podría vengarse de todas aquellas humillaciones a que ahora se veía sujeto.

\* \* \*

Entretanto, se había acercado la fecha en que los estudiantes elegían a los miembros que habían de componer las distintas hermandades universitarias. Larry había anhelado siempre pertenecer a una de ellas, pero nunca lo había logrado. Este año, sus amigos y compañeros le habían ido a proponer como candidato, pero él contestó noblemente, no queriendo ser traidor a su amigo Tony:

—No quiero ser de la hermandad si Tony no lo es.

Luego, más tarde, cuando Larry se quedó a solas con Amatto, hablaron de las próximas elecciones de hermandades y Tony le dijo:

—Todos son de la D. K. E., ¿verdad?

—Sí... todos, pero hay algunos que aun no lo hemos sido nunca

—¿Tú quieres serlo?

—Me gustaría. ¿Y a ti?

—A mí también.

—Bueno, pues cuando me lo propongan, yo les diré que no quiero serlo si no lo eres tú... Para eso somos amigos, para no dejarnos nunca...

—No, no les digas nada.. Ahora ya no soy el muchacho tímido del primer año que vine a la Universidad. Ahora ya puedo defenderme solo. No les digas nada.

Larry no prometió lo que no podía prometer, porque él ya había dicho a sus compañeros que si Tony no era de la hermandad, tampoco él podía serlo.

Mientras llegaba el día de las elecciones, Tony seguía persiguiendo de cerca a Rosalía, a la que veía con frecuencia y con la que daba largos paseos en el automóvil que ella poseía. Tony quería ser como todos los demás estudiantes. Y quería tratar a Rosalía como a las demás mujeres...

porque se había convencido de que todas las mujeres eran iguales... frívolas, coquetas, livianas... Tony estaba un poco celoso, porque Rosalía dispensaba su simpatía a otros estudiantes, y él, en su amor, era egoísta... Lo quería todo para él.

Aquella tarde habían dado un largo paseo. Tony estaba dispuesto a declararle su amor a la encantadora muchacha, pero no quería hablarle de cosas formales, porque sabía la opinión que Rosalía tenía acerca de él... la misma que le había imbuido su hermano, el odiado Stone, que en su orgullo, despreciaba a todos los que no eran de su misma categoría social. Tony estaba un poco serio aquella tarde, porque la noche anterior habían tenido una leve discusión por esta cuestión de diferencias sociales.

—¿Estás enojado?—le preguntó ella.

—Un poquitillo...

—¿No quieres perdonarme?—le dijo, deteniendo el coche y mirándole fijamente con una dulce mirada.

—Lo perdonó todo... en un automóvil— replicó Tony abrazándola y acercándola a su pecho.

—¿Qué haces cuando estás verdaderamente enfadado?— volvió a preguntar la niña, sin desprenderse de los brazos de Tony, que seguían estrechándola con fuerza.

—¡Muerdo!—replicó él riendo y dándole un leve mordisco en el cuello.

—¡Por fin!... ¡Creí que no te ibas a sonreír nunca!

—Te prometo que ya no me voy a enfadar más... ¿Vamos a seguir con nuestras lecciones?—la dijo, sacando el libro de italiano que llevaba en el bolsillo y cuyo idioma había comenzado a enseñar a Rosalía.

Pero no tenían ganas de estudiar. La tarde estaba bonita y convidaba a las confidencias y al amor. La primavera se avecinaba y Tony la sentía pujante y dominadora en sus venas. Cerró el libro y dijo:

—Repite lo que voy a decirte: “Tú sei il mio dolce amore”...

—*Tu sei il mio dolce amore*—replicó Rosalía sin saber de pronto lo que aquello significaba.

—Tienes muy buen acento y esas palabras me suenan muy dulces al oído... Oye, mi vida...—le dijo Tony volviendo a estrecharla en sus brazos—. Conozco un sitio... con reservados.

—¡Déjame!—exclamó la muchacha, desprendiéndose de

A la mañana siguiente, entró en su cuarto el árbitro, que, desde el día en que tuvo que retirar a Amatto del campo, no le había vuelto a dirigir la palabra.

—Tengo algo que decirle, Amatto...

—Pase... ¿Ya sabe usted que las fraternidades no me han querido?—le preguntó Tony, que temía viniera a echarle en cara aquello que para todo estudiante era deprimente y despectivo.

—Sé que no le han admitido; pero lo que nunca sabré es el por qué no le han admitido... si usted no me lo dice.

Tony le dió una mirada de desafío, queriendo mostrarle que era valiente y que no consentiría que también él fuera a despreciarle como sus compañeros, por su condición de obrero.

—Tendría muchas cosas que decirte, Tony...

—No va usted a tener tiempo... porque me voy... Pero antes de irme quiero romperle las narices...—dijo Tony descargando un tremendo puñetazo en el rostro de su interlocutor.

—Lo esperaba—replicó éste, poniéndose en guardia y peleando furiosamente con su contrincante, que le venció con facilidad.

—¡Muy bien!... ¡No te sabía tan bravo! Así me gusta verte—le dijo cuando dejaron de luchar y después que ambos se habían lavado las heridas y golpes que mutuamente se habían ocasionado—. Lamento mucho que te vayas. Eres un hombre, todo un hombre, y aquí podrías aprender mucho, si tú quisieras... No en los libros, naturalmente, porque lo mejor de la vida no se aprende en los libros... Estos años de juventud y de estudio deberían ser los mejores de tu vida... Tú te empeñas en amargártelos... Olvida tu condición de obrero y vive y piensa como si fueras millonario. Aquí encontrarás siempre alegría, amigos sinceros, compañerismo ferviente, si sabes buscarlo bien... Me ha gustado esta pelea y te felicito por ella... Desde hoy, puedes venir al campo a jugar... Hay que prepararse duramente para la próxima lucha de fin de curso.

\*\*\*

Tony comenzaba a triunfar de nuevo. La misma Rosalía le mostraba otra vez su deferencia y, aunque no habían vuelto a cruzar la palabra desde el día en que Tony había ofendido a la muchacha, se veían con frecuencia en la Universidad. Sintiendo que sólo al lado de aquella mujer podría él ser feliz, Tony fué a pedirle disculpas. No quería ser el enemigo odiado, porque él la amaba y quería de nuevo congradciarse con ella.

—Quiero pedirte perdón por lo que te hice—le dijo resueltamente después de haber luchado contra su timidez, que era la que le había tenido tanto tiempo apartado de ella.

—Me hicieron mucho daño tus palabras, Tony.

—Lo comprendo... Yo debía haber sabido que tú no eras de esa clase de mujeres.

—¡Te ha costado tanto tiempo venirte a sincerar conmigo!...

—Sí, pero no ha sido por falta de deseo... Ha sido por mi timidez, por temor a que tú no quisieras escucharme, por miedo a que no me perdonaras. ¿Me perdonas de veras?

—No me enfadé, Tony, pero me desilusioné. Me gustas y te creía distinto a los demás hombres... Me desilusionó ver que eras igual que todos... Me gustas.

—Pues yo te quiero, mi vida, te quiero con toda mi alma... Te he querido desde el día en que te agarré la pierna.

—¿Qué estás diciendo?

—Sí; fuiste a la fundición de tu papá a visitarla..., yo trabajaba allí, echaba carbón en uno de los hornos... y tú quedaste aprisionada entre unos hierros. Yo fuí a ayudarte a sacar el piececito de entre ellos, y te cogí la pierna, y te miré, y me gustaste tanto, que desde entonces te he amado...

—También yo te amo a ti, Tony...

El señor Stone mandó llamar a Tony Amatto. Tony no podía comprender por qué aquel gran señor quería hablar con él, pero acudió a la cita a la hora indicada, dispuesto a defender sus derechos si es que trataban de arrebatarlos.

—¿De qué se trata?—preguntó Tony después de las cortesías acostumbradas.

—Pues se trata de que tememos que Rosalía esté enamorada de usted...

—¿Enamorada de mí?—preguntó Tony, sonriendo feliz.

—¿Y por qué lo creen?

—Porque ella misma nos lo ha dicho.

—¡Es una criatura admirable!—exclamó Tony con entusiasmo.

—También yo creo lo mismo y por esto no quiero que sufra...

—Yo le juro que nunca la haré sufrir...

—Piensa usted hacerla vivir en la miseria, como usted... o que la mantenga yo a ella... y a usted?

—No quiero su dinero. ¡Yo sé ganarme la vida!

—Pero le costará trabajo conseguir una posición elevada como la que ahora ella disfruta y entretanto tendrá que sufrir, y esto es lo que yo le quiero evitar.

—Señor Stone, usted no nació rico, ¿verdad?

—No; nací obrero, como usted, y por esto sé cómo tendría que vivir mi hija si se casara con usted.

—Pero usted se casó, de todos modos...

—Sí, me casé, pero no me casé con una mujer rica...

—Es la única diferencia que nos separa, señor Stone... No sea usted así; los dos perseguimos un mismo ideal: hacer feliz a Rosalía. ¡Déjeme que yo lo intente!

—Hágase usted hombre, y entonces hablaremos de ello.

Tony se había lanzado con más ardor que hasta entonces al afán de hacerse hombre, para poder obtener a la mujer que amaba. Su juventud y sus entusiasmos habían de triunfar y, como sabía que Stone era muy aficionado al fútbol, se dedicó al juego con constancia, para ganar la batalla de-

cisiva que iba a jugarse entre la Universidad de Yale y la suya.

La víspera del match, el team al que Tony pertenecía se había entrenado con fuerza, bajo la supervisión del árbitro, que tenía puestas en ellos todas sus esperanzas.

Cuando terminó el entrenamiento, les dijo a todos los muchachos, reuniéndoles en el mismo campo, en torno suyo:

—Confío en vosotros; dicen que el team de Yale es muy bueno; pero espero que vosotros le sabréis vencer para honra y gloria de nuestra Universidad. Jugad duro y con entusiasmo y, sobre todo, no os olvidéis de meditar las jugadas mientras los pies corren por encima de la hierba... Aquí hay uno que representa el espíritu de este team... Es Tony Amatto. Juega limpio y duro y no se deja ganar por nadie. Sed todos como él: ¡no os dejéis ganar por nadie!

\* \* \*

El partido entre la Universidad de Yale y la de Harvard iba a celebrarse aquella misma tarde. Tony se sentía indisponible, con un fuerte dolor en el costado que apenas le dejaba andar. No sabía qué podía ser aquéllo, pero sabía que si seguía en aquel estado no podría jugar y él tenía que jugar, fuera a costa de lo que fuera, y vencer a Yale por encima de todo.

Fué a consultar al doctor, para ver si podía encontrar alivio antes de la hora del partido, y el médico, después de haberle reconocido detenidamente, diagnosticó:

—Apendicitis grave.

—¿No puede hacer nada para aliviarme? Tengo que jugar al fútbol esta misma tarde.

—El fútbol es un juego muy peligroso para esta enfermedad. Voy a mandarle al hospital para que le curen.

—Tengo que operarme?

—Sí; es muy conveniente que lo haga usted en seguida.

—¡Oh, no, me encuentro mucho mejor!—exclamó Tony saltando de la mesa de reconocimiento, vistiéndose precipitadamente y saliendo del despacho del doctor, que se lo quedó mirando con una mirada compasiva.

Tony quería jugar, aunque comprendía que el juego iba a serle muy fatigoso o casi imposible.

Cuando llegó la tarde, Tony estaba un poco más anima-

do, no sentía dolor y creyó que podría salir airoso en la batalla que iba a iniciarse. Mientras estaban vistiéndose sus trajes de juego, Tony volvió a sentir en el costado las punzadas amenazadoras. Se quedó intensamente pálido y, cuando el árbitro pasaba junto a él, le detuvo un momento para confesarle que se encontraba impotente para jugar.

—Quisiera decirle que...—comenzó a decir.

Pero el otro no le dejó concluir. Le dió unas palmadas en el hombro y, sin mirarle, le contestó:

—Estás un poquito nervioso, ¿eh? Pero eso pasará en seguida. No olvides que todo depende de ti...

Tony salió al campo y le pareció que el cielo estaba nublado, aunque lucía un sol espléndido y radiante. El partido comenzó. El calor del juego hizo que Tony ovidara por un momento sus males y jugó duro, limpio, firme, con aquel estilo suyo que nadie podía igualar. Los de Yale eran también buenos jugadores. El partido era difícil y los jugadores luchaban y luchaban con una igualdad de fuerzas que prolongaba el juego sin que ni unos ni otros lograran la victoria. El empate seguía y los dos equipos comenzaban a sentirse extenuados. Uno de los jugadores de Harvard tuvo que ser retirado y Tony pasó a sustituirlo, ocupando, además de su puesto, el puesto que quedaba vacante.

En el público había una corriente eléctrica de emoción. ¿Quién saldría vencedor? Habían venido los padres de Amatto a presenciar el triunfo de su hijo. Estaba también el señor Stone, que quería ver si era posible conceder la mano de su hija a aquel jugador. Todos estaban en una tensión nerviosa formidable. Y el partido seguía su marcha sin decidir la suerte.

Los enemigos de Tony comenzaron a notar que el juego de éste no era tan fuerte ni tan firme como otras veces. Se le veía desfallecer por momentos, detenerse de pronto y llevarse la mano al costado, como si sintiera en él un dolor agudo.

—Amatto juega muy bien, pero comienza a flaquear.

—Sólo es para presumir.

—Parece que está herido—dijo Larry, intranquilo, mirando a sus compañeros que criticaban al jugador.

—Quiere hacerse el héroe, eso es todo... Es un fatuo.

—¡Y sólo quedan cinco jugadores en el campo! ¡Todos han tenido que ser retirados!

—Si Amatto quisiera, ya sería nuestra la victoria!...

Amatto se detuvo en aquel momento en mitad del campo, se llevó la mano al costado del vientre y en su rostro se pintó una angustia indecible. El árbitro se acercó a él y tiempo para sostenerle:

—¿Te sientes herido?

—No, no, no es nada... Un poco cansado... Ya pasó.

Tony volvió a jugar, haciendo un esfuerzo desesperado, y entonces fué cuando se decidió el triunfo definitivo. Harvard había ganado gracias al goal que acababa de meter Tony, al que se aplaudió con un entusiasta calor por el magnífico juego realizado. Pero Tony no pudo escuchar los aplausos, porque cayó al suelo sin sentido y tuvo que ser retirado del campo.

\* \* \*

Horas más tarde se comentaba en el comedor, en donde se estaba celebrando el triunfo, la actuación de Amatto.

—Si no se hubiera sacado a Amatto del campo, la victoria hubiera sido nuestra; pero al faltar Amatto, los de Yale lograron meter otro goal y hemos quedado empataos.

—Amatto tuvo que ser retirado porque estaba herido—dijo Larry, que siempre le defendía.

—¿Herido? No vi que le hiriera nadie... El que ha hecho lo que ha hecho él, es un cobarde... y así se lo he dicho.

—¡Eso no es verdad!—gritó Larry indignado—. Tony no quería que lo dijera a nadie, pero no puedo consentir que lo insultéis. Tony está en el hospital con el apéndice reventado... Está gravísimo. Puede ser que se muera... y todo habrá sido para conquistar laureles para Harvard... y ya veis cómo se lo estáis pagando, ¡infames!

—Bueno, siéntate, Larry; somos demasiado buenos amigos contigo para que riñamos por culpa de Amatto.

—Vosotros no sabéis nada de Amatto... Vosotros creéis que es un cobarde porque no era como vosotros cuando vino a la Universidad; creéis que no le importa nada la Universidad y ya veis lo que acaba de hacer por ella... Tony está en el hospital, muriéndose... A pesar de ello, ha jugado para que Harvard pudiera ganar... ¡y vosotros le llamáis cobarde!

\* \* \*

Había pasado ya bastante tiempo desde que Tony había sido operado precipitadamente en el hospital. Una mañana, Tony dormía apaciblemente en su cama, cuando la puerta de su cuarto se abrió con tiento, penetró Larry poniéndose el dedo en los labios recomendando silencio y entraron tras él todos los compañeros, que se agruparon alrededor de la cama.

Larry, con sumo tiento, levantó las sábanas, pero Tony se despertó y se encaramó asustado.

—¿Qué pasa?

—Me pagan un dólar por enseñarles tu cicatriz—contestó Larry riendo.

—¡Oh, no, no, no!—gritó Tony riendo a su vez y tapándose con fuerza—. Mi cicatriz vale cinco dólares... Si cada uno de ellos te da cinco dólares, consentiré en que se la muestren.

Todos celebraron con risotadas la ocurrencia y Tony comenzó a vestirse ante ellos, bromeando con todos. Su sacrificio heroico le había granjeado una aureola de celebridad y todos sus compañeros se habían rendido ante él y habían consentido en tratar en camarada al muchacho que lo había merecido por su propio mérito.

\* \* \*

Sólo una cosa faltaba ya a Tony para haber obtenido todo cuanto había anhelado: la mano de Rosalía, que el señor Stone le negara tan rotundamente el día en que hablaron de ese asunto. Y Tony quería alcanzarla, como había alcanzado todo lo demás.

El último día de curso, y el último día de la carrera también, Tony se había presentado en el estrado de los estudiantes, vestido con la amplia toga, el birrete cuadrangular y el alma llena de ilusiones. Todos sus compañeros debían tener también ilusiones y esperanzas almacenadas en su espíritu, pero estaba seguro de que ninguno de ellos sentía el entusiasmo que él sentía ante la vida amplia que se extendía abierta a sus afanes ante él, al salir de la Uni-

versidad, con su flamante título, dispuesto a conquistar el mundo.

Tony tenía ya el sí de Rosalía... el sí tan anhelado... el sí que él esperaba para poder hacerla su esposa.

—¿Serías dichosa conmigo?—le había él preguntado.

—Sí, porque te quiero...

—Pero no serás feliz sin tus amigos...

—Prefiero estar contigo que con ellos, Tony...

—¿Te avendrás a vivir en una casa pobre?... ¿No sentirás tristeza al pasar tu juventud en la pobreza, acaso en la miseria... en la estrechez por lo menos?

—Tony, a ti te ha hablado papá, ¿no es verdad? Estas son sus mismas palabras de siempre... Te quiero, y todo lo demás no me importa. El amor supera toda la materialidad de la vida... ¡Te amo, Tony, y seré tuya aunque tenga que ser pobre toda la vida!

Por esto Tony Amatto tenía el alma tan llena de ilusiones, tan vibrante de alegría. Por esto cuando, terminada la ceremonia oficial, los estudiantes pudieron reunirse con sus familias, Tony corrió a Rosalía, que le estaba esperando al lado de su madre, la estrechó entre sus brazos con vehemencia y le dijo:

—¡Rosalía!... ¡El título es nuestro y nuestra es la vida!

Y todos los compañeros felicitaron cordialmente a los que allí mismo, públicamente, acababan de desposarse...

F I N

Distribución para España:

**Sociedad General Española de Librería**

**Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16 - BARCELONA :: Evaristo S. Miguel, 11 - MADRID

E. B.

Precio: **50** céntimos